

Construcción del cuerpo, sentidos en juego¹

Daiana Bruzzone

En el marco del Doctorado en Comunicación² me he propuesto investigar cuáles son los modos de uso y consumo de drogas en los jóvenes pertenecientes a los sectores vulnerables de la ciudad de La Plata, y de qué manera dichas prácticas operan en la construcción de sus cuerpos, teniendo en cuenta cómo intervienen en dicha cuestión los medios de comunicación que abordan temáticas relacionadas con drogadicción.

Metodológicamente, llevaré a cabo un trabajo etno metodológico, con el fin de poder indagar cuáles son los sentidos que los jóvenes les atribuyen a sus prácticas vinculadas a los usos y consumos de drogas, teniendo en cuenta cómo dichas prácticas se inscriben en la construcción de sus cuerpos y cómo intervienen en todo el proceso los discursos mediáticos. De esta manera podré abordar las representaciones sociales de los jóvenes y comprenderlas en sus marcos de referencia.

A la hora de referirme a los jóvenes lo hago desde la perspectiva que concibe a este grupo más allá de las franjas etáreas que suelen caracterizarlos. Pensar al joven como un sujeto dinámico, en continuo movimiento, como un actor-constructor de escenarios y discursos sociales, es hablar de juventud comprendiendo que aludimos a una construcción epocal, que nos permite poner en juego las múltiples dimensiones desde donde se constituye y desde donde podemos abordar a los jóvenes.

En este sentido, existen diferentes maneras de ser joven que se hallan ligadas a las circunstancias sociales y culturales que condicionan a los sujetos posibles de definir a partir de esta categoría.

Éste es un periodo de la vida en que se cuenta con un excedente temporal: la muerte está lejos, pertenece al mundo de los otros. Esta moratoria vital es la que distingue a los jóvenes de los no-jóvenes. Ahora bien, existe también una moratoria social y cultural que opera diferenciando a los juveniles de los no-juveniles. Es decir, aquellos jóvenes que no portan los signos hegemónicos que cada época explicita en la caracterización de la juventud, son los jóvenes no juveniles (Margulis: 1996).

Estos últimos suelen ser quienes pertenecen a los sectores más vulnerables social, cultural y económicamente. Son los jóvenes que provienen de los sectores populares, ellos suelen ingresar tempranamente al mundo del trabajo enfrentándose al desempleo y a la exclusión, y también es frecuente que tengan hijos ni bien salen de la adolescencia (si no durante la misma). El tiempo "libre" de los jóvenes de los sectores populares es bien diferente al de los otros jóvenes: no es un tiempo de disfrute y sin obligaciones, por el contrario es un tiempo de inactividad, de angustia, de impotencia, que los lleva hacia la marginalidad. Aún gozando de la moratoria vital estos jóvenes no logran hacerse

¹ Ponencia presentada en las Jornadas del Cuerpo y la Cultura. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Universidad Nacional de La Plata. Fecha: mayo de 2008

² Doctorado en Comunicación dictado en la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata.

poseedores de las características de lo juvenil en tanto características del “cuerpo legítimo” divulgado por los medios de comunicación, ni ostentar comportamientos y vivencias que predominan en el imaginario social acerca de la noción de juventud.

Así vemos como sobre aquella moratoria vital se encuentra la social, condicionando estos diferentes modos de juventud en relación a las características de clase, el lugar que se habita, la generación a la que se pertenece, los comportamientos, las referencias identitarias, los lenguajes y las formas de sociabilidad.

Poniendo la mirada en los jóvenes de los sectores populares observamos que llevan a cabo su proceso de subjetivación en un escenario atravesado por la incertidumbre y también por la inestabilidad, lo que los impulsa a desenvolverse como verdaderos “cazadores” en una ciudad en la cual deben procurarse recursos para sobrevivir, sin posibilidad alguna de planificación reflexiva de la vida (Kessler: 2004).

La problemática en torno a la drogadicción es uno de los grandes males que afecta a nuestras juventudes. Generalmente, dicha problemática se asocia a experiencias de aislamiento reiterado en diferentes niveles como el familiar, educacional, social, que provocan marginalidades (Kornblit: 1989). Si bien es una realidad que la misma se encuentra presente en todos y cada uno de los sectores sociales, también es verdad que, una vez más, los jóvenes y adolescentes que pertenecen a los sectores más vulnerables -social y económicamente- son los más perjudicados. Con lo expresado lejos estoy de querer decir que la condición de pobreza mantiene una relación directa con la drogadicción, aunque los estudios sobre la temática son claros a la hora de vincular la falta de una contención sólida por parte de las instituciones, la incertidumbre, la exclusión y la carencia de oportunidades educativas y laborales, como posibles motivos de los altos porcentajes de jóvenes que utilizan y consumen drogas.

A la hora de describir esta problemática resulta necesario poner atención en aquella moratoria vital que opera como imaginario que es la lejanía de la muerte con que cuenta la juventud (más allá de la realidad o no de esta distancia en los hechos): los jóvenes son conscientes de que cualquier tipo de drogas -legales e ilegales- dañan el cuerpo y la salud en todos sus aspectos. Y lo saben porque -todos ellos nacidos durante la democracia- son testigos (desde su niñez) de las campañas gubernamentales y de las ONG's respecto de la lucha contra la drogadicción; y de los discursos mediáticos en torno a dicha temática. Sin embargo, también son conscientes de que el deterioro corporal (por ejemplo con el alcohol y el tabaco, por citar algunas drogas legales) viene dado por el uso prolongado de las drogas, es decir, la enfermedad o la muerte rara vez hacen su aparición antes de entrada la adultez.

Cuando los medios construyen discursivamente a las adicciones lo hacen desde una perspectiva que desacredita permanentemente a la juventud al establecer una relación directa entre jóvenes y drogadicción. En este sentido, los discursos que circulan hacen referencia, entre otras cuestiones, a la idea de consumo (anclada esta noción del uso y abuso de sustancias tóxicas), clasificándolo como un consumo “irracional”: sin sentido y con escaso conocimiento. Se dice que los jóvenes consumen tal y cual droga, qué efectos físicos les provoca, que consumen de manera compulsiva, como “sujetos que han perdido el control sobre sí mismos y no saben qué hacen”. A su vez, estos discursos mediáticos

construyen un imaginario de juventud del que los mismos jóvenes apenas son partícipes: son hablados por otros, en este caso, por esas otras voces que circulan masivamente.

Estos discursos mediáticos suelen estigmatizar o bien exotizar a los jóvenes en sus usos y consumos de drogas. Son frecuentes los discursos que giran en torno a la estigmatización que establece una relación directa entre drogas-delincuencia-criminalidad, de un lado; y otros en torno a la relación entre jóvenes-drogas-fiestas-descontrol. Estos discursos estigmatizantes claramente contienen protagonistas diferentes: los primeros circulan en relación a jóvenes en situaciones de pobreza y marginalidad, mientras que los segundos lo hacen en relación a jóvenes de clases medias y acomodadas. Los discursos más exóticos en torno a la temática lo hacen poniendo el eje en programas o informes de corte “etnográfico”, por así llamarlos, donde se muestra a los jóvenes en plena acción usando y consumiendo distintos tipos de drogas (legales e ilegales), y se generan descripciones y explicaciones respecto de, por ejemplo, el paco, los pegamentos –ambos ligados a jóvenes de sectores populares-; y el éxtasis y la cocaína –ligados a jóvenes que están por encima de la línea de pobreza-.

Cuerpo, drogas y subjetividad

El cuerpo está inscripto en la historia, no puede escapar a su influencia, una historia que lo antecede y le precede, que le da consistencia. Un cuerpo que se constituye en un campo de batalla de saberes dominantes, de relaciones de poder (Paponi: 2006). De esta manera, los jóvenes que pertenecen a sectores vulnerables, y en ese contexto encuentran distintos modos de usos y consumo de drogas, están dándole a sus cuerpos más que una apariencia particular. Teniendo en cuenta que entre hombre/cuerpo no existe una separación tal como se instituyó desde la constitución de las sociedades occidentales, vemos que el aspecto del cuerpo no es mera apariencia, ni siquiera en el mundo actual y su culto en torno a la imagen.

El cuerpo es un espacio donde se plasman nuestras prácticas, nuestras concepciones y nuestras historias micro, todo ello en articulación con los discursos hegemónicos y las prácticas totalizadoras de la sociedad de que formamos parte. En este sentido los discursos masivos no pueden ser excluidos del análisis a la hora de intentar comprender cómo es que hoy tiene lugar la construcción social de los cuerpos y de qué manera ésta se materializa y da cuenta de la inscripción de subjetividades e identidades complejas.

Pierre Bourdieu (1985) sostiene que el cuerpo reproduce en su espacio el espacio social, en la medida en que es clasificado por una mirada que lo objetiva de acuerdo con la distancia que mantiene cada cuerpo particular con la valoración dominante que conforma el “cuerpo legítimo”. Este cuerpo legítimo es una construcción ideal que se impone como un criterio capaz de definir aquello que se adecua con lo dominante y aquello que, por el contrario, denota y connota a lo subordinado.

En tanto se configuran como una construcción social más que como una realidad en sí mismos (Le Breton: 1995), los cuerpos de los diferentes jóvenes dan cuenta de las distinciones que entre ellos se establecen, en su vida cotidiana y, por supuesto, en la producción de sus cuerpos. Es justamente en el

ámbito de la corporeidad donde vemos que lo que en apariencia nos “viene dado” naturalmente es, en realidad, una construcción propia y colectiva, compleja y contradictoria, eso es nuestro cuerpo. Dicho de otra manera, la “invención” del cuerpo resulta del conjunto de prácticas sociales y culturales de un grupo, y a la vez constituye el asiento de la subjetividad.

Según María Epele (2004), las prácticas cotidianas relacionadas a la utilización de drogas en marcos sociales signados por la pobreza, la desigualdad, la marginación, las violencias y la incertidumbre, nos hablan de la dismantelación de las subjetividades, como así también de la imposición de estrategias que accionan en función de la reparación de esas redes sociales rasgadas. De este modo es que operan las prácticas vinculadas a los distintos modos de usar y consumir drogas: mediante la catarsis, la sublimación, la anestesia, el control del placer, la reconstitución subjetiva y la reconexión social; intentando reparar, compensar y aliviar la situación antes descripta.

Si hacemos referencia a prácticas de consumo, no podemos dejar de reconocer que estamos hablando de procesos sumamente complejos vinculados a transformaciones sociales y estructurales producidas por las políticas neoliberales (Epele: 2004). Entendidos en este sentido, los distintos modos de uso y consumo de drogas de los jóvenes de los sectores vulnerables, lejos de ser comprendidos como comportamientos autodestructivos, si este consumo se configura como una “reparación” del daño social (ante la marginalización y la carencia de oportunidades) pueden estar constituyéndose en prácticas que le dan sentido a la construcción de sus subjetividades.

Dicho así cabe la posibilidad de que se malinterprete lo que intento analizar como una apología de la drogadicción. Sin embargo no es el motivo de mi trabajo, pero considero sumamente necesario colocar la mirada en estos procesos sociales que tienen a estos jóvenes como protagonistas, ya que la única manera de llevar a cabo la prevención de las drogas es trabajando sobre los sentidos que los “consumidores” construyen alrededor de las mismas. Además, considero que como sociedad debemos responsabilizarnos por el mejoramiento de la calidad de vida de nuestros jóvenes en pro de un país con mayores oportunidades de desarrollo y bienestar.

En este sentido, Ana Lía Kornblit y Ana María Mendez Diz (1989) señalan que los comportamientos juveniles pueden verse como síntomas portadores de una queja que tiene que ver tanto con factores individuales como sociales y políticos. No podemos obviar, además, que es durante esta etapa de la vida cuando cobra relevancia la búsqueda de la identidad y del sentido de pertenencia, con lo que las representaciones que circulan en la sociedad respecto de los jóvenes pueden adquirir autonomía y guiar conductas (Moscovici: 1985).

El cuerpo, es esa matriz de la identidad mediante la que nos apropiamos de los sistemas simbólicos compartidos (Le Breton: 2007), a partir de la experimentamos y percibimos el mundo; o bien el paradigma del cuerpo, es el campo donde podemos hallar cada uno de los sentidos a los que me refiero y desde donde podemos trabajar con ellos. Es en el ámbito de la corporeidad donde nos situamos ante la complejidad de la comunicación (Le Breton: 2002) y el lugar en que las tramas sociales y culturales están presentes y atravesando las prácticas que le dan sentido a las construcciones que los jóvenes realizan sobre sus cuerpos, de manera conciente e inconciente. Aquí resulta menester incluir a

los discursos masivos que también se inscriben en la producción de identidades. Constituidos hoy como mediadores sociales, los medios de comunicación portan la voz hegemónica que atraviesa la constitución de las subjetividades. ¿Qué les pasa a los jóvenes con aquello que oyen y ven sobre sí mismo? ¿Se lo apropian? ¿De qué manera? ¿Cómo es que esas otras voces que los nombran se inscriben en sus identidades y en la construcción de sus corporeidades?

El análisis acerca de cómo la construcción del cuerpo -práctica que de ninguna manera puede ser transparente- lleva inscriptos los modos de uso y consumo de drogas y debe dar cuenta de: cuáles con las tecnologías de poder social que se inscriben en los cuerpos de los jóvenes; cómo interviene la cuestión de género en la construcción del cuerpo, qué representaciones están en juego en dicho proceso; qué sucede con los habitus corporales de los jóvenes en relación a las drogas, qué sentidos se están construyendo.

Michel Foucault (1977) nos hablaba de los cuerpos disciplinados, los cuerpos “encerrados” de la modernidad, momento en que el cuerpo adquirió un fuerte valor político y económico: se lo educaba, se lo hacía trabajar, se lo curaba, etc. Pero ¿qué sucede hoy con los cuerpos ante las nuevas formas de organización, cuando ya no son “imprescindibles” ni para la educación ni para el trabajo? ¿De qué formas estos cuerpos nos están hablando de nuevas subjetividades en claves de prácticas de consumo y representaciones de la vida y de la muerte? ¿Cuáles son esas técnicas que modelan la subjetividad y administran la vida y la muerte, y cómo están operando ante los diversos usos y consumos de drogas en los jóvenes de nuestros sectores más vulnerables? ¿Qué rol juegan los procesos comunicacionales en las propias construcciones corporales de estos jóvenes (teniendo en cuenta lo que sucede tanto en las prácticas cotidianas como en los medios de comunicación)?

Bibliografía

Bourdieu, Pierre (1985): “Notas provisionales sobre la percepción social del cuerpo”. En Wright Mills, Charles: Materiales de sociología crítica. La Piqueta, Madrid.

Epele, María E. (2004): “Cuerpo, poder y uso de drogas”. En Revista Trampas de la Comunicación, N°25, Mayo, La Plata, pp. 48-55.

Foucault, Michel (1992): Vigilar y Castigar: nacimiento de la prisión. Siglo XXI, Madrid.

Kessler, Gabriel (2004): Sociología del delito amateur. Paidós, Buenos Aires.

Kornblit, Ana Lía (1989): Estudios sobre drogadicción en Argentina. Investigación y prevención. Nueva Visión, Buenos Aires.

Kornblit, Ana Lía y Mendez Diz, Ana María (1989): "Consumo de drogas: desviación o... puesta al día". En: Kornblit, Ana Lía (y colaboradores): Estudios sobre drogadicción en Argentina. Investigación y prevención. Nueva Visión, Buenos Aires.

Le Breton, David (1995): Antropología el cuerpo y modernidad. Nueva Visión, Buenos Aires.

Le Breton, David (2006): El sabor del mundo. Una antropología de los sentidos. Nueva Visión, Buenos Aires.

Le Breton, David (2002): La sociología del cuerpo. Nueva Visión, Buenos Aires.

Margulis, Mario (1996): La juventud es más que una palabra. Ensayos sobre Cultura y Juventud. Biblos, Buenos Aires.

Moscovici, Serge (1985): Psicología Social. Paidós, Barcelona.

Paponi, María Susana (2006): "El cuerpo impregnado de historia". En Papalini, Vanina (Editora): La comunicación como riesgo. Cuerpo y subjetividad. Al Margen, La Plata.